

miradores. Y algo así deben llamarle los suyos a Iggy Pop. Un conocido comentarista musical me decía, durante su concierto, en el triste recinto del Pabellón de Deportes El Soto: "Es justo el cuerpo que necesitabas en verano: fresco y juvenil, a pesar de sus muchos años de curro en esto de exhibirlo".

El Pabellón de Deportes antes citado es uno de los lugares donde debería estar prohibido dar conciertos. Se parece bastante a un campo de concentración, lleno a medias de cuerpos juveniles y sudorosos que no tienen ni una mala silla para sentarse. Pero esto no es lo peor; a esto ya estamos acostumbrados los sufridos amantes de la música "pop", que nos vemos hacinados como rebaños en locales inmundos y carísimos si deseamos ver algo que nos interese. Lo peor es la acústica del local: no se oye nada. La estructura metálica del lugar, o algo así, hace reverberar los sonidos de una forma casi intolerable para cualquier oído humano normal. De manera que cualquier músico o cantante puede resultar igual a otro, al que sea.

Y eso es, justamente, lo que ocurrió el pasado lunes: primero actuó un grupo de Barcelona-"punk" llamado Peligro. Quienes los han oído dicen que están muy bien; yo no los escuché. Les vi actuar, y el cantante me pareció, en su actuación, una especie de copia de Ramoncín. Empezaron a tocar con más de media hora sobre el ho-



Iggy Pop, durante su actuación en Madrid.

rrario previsto, y se excusaron débilmente pretextando algún problema de luminotecnica.

En segunda parte, Iggy Pop. Se presentó en plan "superstar", no se sabe muy bien por qué. En realidad, Iggy Pop es un cantante de segunda fila, cuyo único mérito puede ser el haber hecho hace tiempo —cuando estaba con el conjunto MC5, por ejemplo— lo que muchos hacen ahora: con sus gestos y actitudes provocativas, y dotado además de una voz agresiva y dura, puede decirse que inventó a finales de los años sesenta lo que ahora se ha bautizado como "punk". Aquí hizo un numerito bastante completo; se semidesnudo, exhibiendo un torso aceptablemente sudoroso, y unas piernas bien torneadas

enfundadas en mallas rojas. Cantó violento y también cantó suave, hizo cortes de mangas a la asistencia, y se revolcó por los suelos. Agradable para quien disfrute con esas cosas, y motivo para que muchos que hablan de música digan eso de "celebración dionisiaca", y demás. Tal celebración se hubiera dado de no existir unas condiciones acústicas tan insoportables, y de tener Iggy algo más de carisma personal.

El público asistente no llegaba a llenar la tercera parte del recinto del Pabellón de Deportes. Eran, en su mayoría, bastante jóvenes y punkeros, y también había una nutrida representación del gay madrileño. Todos iban dispuestos a que la cosa les gustase, y creo que

lo consiguieron en parte. Al final, pidieron un bis; lo hicieron a la violenta, tirando latas de cerveza vacías al escenario; los músicos y el cantante se asustaron ante tanta violencia, y tardaron un poco en comprender que era la peculiar forma de cierto público madrileño de manifestar su aprobación. Cuando lo comprendieron cantaron dos canciones más, una de ellas parece que de Frank Sinatra.

Tras el concierto, hubo que emprender el largo camino de retorno a Madrid: un kilómetro andando hasta Móstoles, y luego el autobús, apesado en la inmensa caravana de quienes regresaban del fin de semana. Hay que amar mucho el "rock" para asistir a un espectáculo organizado con tan malas condiciones; y mucha desvergüenza para montarlo así, en un pueblo lejano y en un local sin posibilidades, cobrando encima cuatrocientas pesetas —precio único— por entrar. Y todavía habrá quien mantenga que el "rock" es un espectáculo popular... ■ E. H. IBARS.

ARTE

Está bien... estaba bien, porque ya la han cerrado, la exposición que en la galería Inguanzo celebraron los pintores Román Arango y Pin Morales... ¿Pin? Supongo que ese nombre vendrá de Pepin, de Pepito... ¡Qué más da! La exposición estaba aglutinada, no por ningún tipo de afinidad electiva, sino porque sí; por amistad, acaso por disparidad, porque cada uno representaba lo contrario de lo que representaba el otro. Yo, que no leo nunca críticas de arte porque me aburren mucho —y estoy seguro de que las más serán las más aburridas de todas—, ¡te esta vez la de Santiago Amón en "El País". Hablaba de una especie de hábito mortecino en las obras del que no era Pin..., en Arango, y de una especie de expresionismo en Pin. Siento disentir de Danielito Amón, al que respeto mucho, pero ni Arango me parece mortecino, ni Pin expresionista. Veamos.

Pinturas de Román Arango y Pin Morales
Galería Inguanzo.
Madrid

Habría que elaborar una teoría de urgencia del "collage"



Sandy Denny: Una desaparición prematura

de él un estilo genuino y brillante, del que han partido numerosas aportaciones de interés en todo el mundo de la canción popular. Fundamentalmente, Sandy —tras una breve aparición con el grupo The Strawbs— realizó su carrera en Fairport Convention, conjunto fundamental para entender el revival de la música tradicional y su entronque con el rock en la Inglaterra de los años sesenta. Álbumes que plasman esas ideas con eficacia rayando la maestría son "Unhalfbricking" y, sobre todo, "Liege and Lief", donde el trabajo del violinista Dave Swarbrick tuvo un soporte vital en la cristalina voz de Sandy Denny, perfectamente integrada en el sonido global, rotundo, flexible, vibrante del grupo. Posteriormente, Sandy formó un quinteto, Fotheringay, de compacta y bosquiesca sonoridad, que fue comparado, por ello mismo, al montaraz

estilo de la Banda canadiense, el conjunto acompañante de Dylan en numerosas ocasiones. Sin embargo, el éxito comercial de Fotheringay no fue elevado, por lo que la Denny se aventuró por el camino solitario. Con notables resultados, ya que sus LP's "The North Star Grassman and the ravens", "Sandy" y "Like an old fashioned waltz", grabados entre 1971 y 1974, mostraron, además de la sensible cantante que conocíamos, a una nada despreciable compositora, tanto de textos como de melodías —muchas veces inspirados en el folklore.

Ligeramente apartada de la escena en los dos últimos años, preparando justamente su come back, al lado de su marido, Trevor Lucas, Sandy realizó en Madrid un memorable recital en 1974, donde su diminuta figura se agigantaba en su voz entrañable, su piano contenido, su guitarra serena. ■ ALVARO FEITO.

VICTIMA de un tonto accidente —caída por las escaleras de una casa inglesa, y posterior hemorragia cerebral—, Sandy Denny, una de las más importantes cantantes inglesas de las últimas décadas, ha muerto a la edad de treinta y un años. Ella participó en las experiencias que el folk británico realizó en esos años, hasta hacer